

OBITUARIO

ALBERTO MEDINA ROJAS
(1915 - 1989)

El Directorio de la Sociedad Chilena de Arqueología, de la cual Alberto era miembro desde 1969, me ha entregado la responsabilidad de escribir estas líneas a modo de obituario. Quizás ha reconocido mi derecho de antigüedad en la amistad que me unía a él, que data de los años treinta, de Coquimbo. Era entonces empleado del Seguro Obrero de aquel puerto. Participaba junto a otros amigos comunes en la campaña parlamentaria de 1937 que coordinaba el ya legendario coronel Marmaduque Grove. Muchos jóvenes de la época compartían esas inquietudes.

Los contactos entre nosotros, dormidos por algunos años, se reanudaron cuando se fundó el Centro de Estudios Antropológicos en la Universidad de Chile. ¿Cómo y cuándo había nacido en él esa afición por la Antropología? El mismo nos cuenta en un escrito sobre la historia del Centro: "...tuvo su período de gestación en una época en que la investigación científica en la Universidad de Chile iniciaba una etapa de expansión. Fue así como en 1953 esta casa universitaria y el Museo Nacional de Historia Natural, en conocimiento de la retracción que estaba sufriendo en Chile la Antropología por la desaparición de Ricardo E. Latcham, Aureliano Oyarzún y Tomás Guevara, resolvieron llamar por la prensa a quienes se interesaran por esta ciencia para que se incorporaran a un curso de Antropología General a cargo del Dr. Richard P. Schaedel de la Universidad de Yale. Venía a Chile en prestación de servicios, y una vez cubierto el cupo del curso, llamaron a otros especialistas chilenos a colaborar: el Dr. Luis Sandoval Smart, el Dr. Roberto Donoso Barros, el profesor Gustavo Peña Abbos-Padilla. Hubo más de sesenta postulantes entre los cuales se presentaron todos los miembros de la Sociedad de Estudios Chilenos de Prehistoria que se había creado en 1950, sin forma legal, pero con gran entusiasmo por las ciencias del Hombre. Entre otros Carlos Munizaga, Alberto Medina, Juan Munizaga, Francisco Reyes y Enrique Solari. Posteriormente se incorporaron otros estudiosos: Jorge Kaltwasser, Ruperto Vargas, Guacolda Boisset. Sobre la base de este grupo se formó a fines de 1953 el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile, el que cobró vida legal el 30 de octubre de 1954. Allí los miembros del Centro recibieron cursos sistemáticos de formación antropológica impartidos por especialistas extranjeros y chilenos de alto nivel, contratados por la Universidad por esos primeros años".

Visitaron el Centro dictando conferencias, cursos breves y seminarios personalidades de relevancia mundial en diversos campos de la Antropología: Joseph Emperaire, Alfred Metraux, Annette Laming, William Mulloy, Paul Rivet, Luis Pericot García, Martín Gusinde, Martín Almagro, Osvaldo Menghin entre otros.

Tales fueron los comienzos de la carrera antropológica de Alberto Medina, primero como ayudante del Centro y luego como investigador, entre 1953 y 1961. Como tal le tocó participar en múltiples expediciones y actividades: en los canales patagónicos junto a Joseph Emperaire haciendo etnología entre los alacalufes y más tarde arqueología en tierras magallánicas; en los trabajos de campo de un cementerio preincaico al pie del Cordón de Chacabuco; en las excursiones arqueológicas en la costa central; en el Salar de Atacama junto a Barthel y a C. Munizaga; en la Isla de Pascua. Pero sin duda, el trabajo más trascendente en que le correspondió actuar en este período y que puso a prueba su empuje y su fortaleza fue el rescate de la Momia del Cerro El Plomo, en la alta cordillera frente a Santiago, y las posteriores investigaciones en relación con ese espectacular complejo incaico de cumbre. Probaba junto a sus compañeros de empresa que los sacrificios humanos en tiempo de los Incas tenían existencia real, la que muchos arqueólogos y etnólogos peruanos modernos rechazaban. La publicación de síntesis de Medina tuvo repercusión mundial y determinó que los científicos aceptaran la práctica de los sacrificios humanos en los Andes, como un rasgo cultural de los Incas. Con ello se estimuló el interés científico por la arqueología de cumbre y por los santuarios de altura.

A partir de 1961, el Centro de Estudios Antropológicos debió soportar variados cambios y vicisitudes y con él, también las sufrió Medina, hasta que en 1970 surgió el Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología, integrado por el Centro de Estudios Antropológicos, la especialidad de Arqueología del Departamento de Historia del Pedagógico y el Instituto del Folklore pasando a formar parte de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Chile. Pero en esos años de la década del 60, Alberto no se aleja del campo de su interés. Dicta cursos de Prehistoria General y Arqueología en el Instituto Cultural de Providencia, estimulando a algunos de sus discípulos a ingresar a la carrera de la Universidad. Fruto de esos esfuerzos son algunos profesionales de brillante

desempeño en el quehacer científico de hoy. Guía a un grupo entusiasta de su tierra natal, Talca, en las excavaciones arqueológicas de Altos de Vilches en la precordillera andina, y los aglutina en torno al malogrado Ciro Vergara D. en la llamada Sociedad Arqueológica del Maule. Tuvo ésta una trayectoria ascendente que culminó en 1977 con la realización del VII Congreso de Arqueología Chilena, celebrado precisamente en Altos de Vilches.

En 1969 Medina se reincorpora a lo que hoy es el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Con ello comienza un período de casi 20 años, quizás el más fecundo de su larga carrera en el terreno de la Antropología. Le apasiona la investigación de las sociedades pasadas, objetos de la Arqueología, pero también, y con mucha fuerza, la de las sociedades primitivas del presente, llegando a ser uno de los pocos etnólogos en Chile. Con mucho interés estudia a los araucanos e indaga sobre las relaciones entre mapuches chilenos y argentinos.

Cultiva con análoga decisión y entusiasmo la Etnohistoria, para lo cual cuenta con una riquísima biblioteca especializada que poco a poco, y con largas horas pasadas entre los libros viejos de San Diego ha ido formando. Es ésta la que pone a disposición de los alumnos con una generosidad sin límites. Debe leerse en su casa, y es Florita, su esposa, la que sabe donde cada libro se encuentra; lo trae a la mesa de trabajo y con la misma paciencia lo retorna a su sitio.

De esta última etapa de su vida, que culminó con su muerte el 21 de marzo pasado, datan los trabajos de Juan Fernández; las investigaciones etnolingüísticas entre los alcalufes; los trabajos de arqueología histórica de la Iglesia de San Diego La Nueva, y en la casa de doña Dolores Portales Palazuelo del barrio de Bellavista; la investigación sobre la dalca de Chiloé y la genealogía de la cacica de Chacabuco (de quien es descendiente). Simultáneamente, y junto a Jorge Kaltwasser y a Juan Munizaga, sus compañeros de trabajo de varias décadas, emprende la dura tarea de investigar en Cuchipuy, en el borde de la ex laguna Tagua Tagua. Descubren el llamado Hombre de Cuchipuy, con cerca de 9000 años de antigüedad, proyecto que no alcanzó a terminar en su integridad.

Todo constituía una crónica viva y apasionada que transmitía a los alumnos y al público en general, llena de humanidad, de anécdotas y de genealogías. ¡Infaltable Genealogía de la cual no podía sustraerse! Como me dijo uno de sus ex alumnos, Alberto *le ponía carne* a los hechos antropológicos.

Recuerdo. Daba trancos largos delante de la gran pizarra y de los mapas, explicando con entusiasmo, -más bien con vehemencia-, una serie compleja de acontecimientos que le tocó presenciar en la zona del Maule cuando niño. En esa conferencia recorrió muchos kilómetros por la parte anterior de la sala talquina. Con pasión relataba las incursiones de los pehuenches por los pasos cordilleranos y su arribo a San Clemente para el intercambio. Traían plumas de avestruz y loros tricahues. Viejos baúles de la familia guardaban esas reliquias junto a las infaltables colchas de plumas de loro.

Parece que más tarde, tal vez por 1967, Alberto Medina estuvo realmente departiendo con una comunidad pehuenche. Vio que metían la mano a una especie de mercocha medio negra en una olla de greda y sacaban algo que luego comían y escupían. Sin esperar que le invitaran y con la vehemencia de siempre quiso probar y metió su mano al caldero. Por su puesto que ante la expectación y a la vez la risa de todos se la quemó seriamente. Era el cocimiento de piñones en una masa hirviente.

El fuerte en sus comunicaciones, más que la publicación, estaba en la clase, en la charla, en la conversación. Era allí donde ponía su sello más personal, toda su capacidad de asombro y su agilidad creadora, uniendo hábilmente los hilos de distintos temas. Su prodigiosa memoria le ayudaba. Con todo, deja una rica bibliografía, de su autoría o de su coautoría, de más de una veintena de títulos de variada temática arqueológica, etnográfica y etnohistórica. Sin embargo, consideramos que el más valioso legado que deja a Chile es su contribución directa a la formación de numerosos profesionales en el campo de la Antropología. A no menos de seis o siete actuales antropólogos-directores de museos, profesores universitarios, investigadores- les guió su tesis de grado, entregándoles lo mejor de sí, su tiempo, sus conocimientos y toda esa particular manera de ser de un verdadero maestro.

Hans Niemeyer Fernández
Sociedad Chilena de Arqueología
Director